DISCURSO EN ELOGIO DEL PADRE JUAN DE MARIANA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Celébrase el tercer centenario de la muerte del padre Juan de Mariana. Esta Real Academia no puede guardar silencio cuando se trata de honrar la memoria del insigne jesuíta que elaboró la primera Historia científica del pueblo español.

Un retrato conservado en la Biblioteca provincial de Toledo representa al padre Mariana. Su erguida cabeza se alza entre el negro ropaje de la orden y destaca su figura del oscuro fondo del cuadro; iluminan el rostro de un anciano de ochenta y ocho años unos ojos grandes, severos, bajo espesas cejas; la frente, despejada, de la cual han huído los cabellos, es alta y convexa; divisamos unos mechones blancos que caen sobre la oreja derecha; la nariz prominente y pronunciadas arrugas en la comisura de labios interrogantes completan la faz, mal afeitada, del príncipe de nuestros historiadores. Su mano diestra empuña un infolio, tal vez sea un breviario, y acaso pudiéramos pensar en un códice favorito o en uno de sus libros prodigiosos, el discutido tratado *De Rege* o un volumen de su *Historia de España*. Nada más evocador que este cuadro. En tan avanzada edad, su fisonomía no ha perdido ni un átomo de su fortaleza mental; su imagen parece circundada de un halo de noble sabiduría.

Nació Mariana en Talavera, en 1535, año de la conquista de Túnez y la Goleta y de la anexión del ducado de Milán a los dominios imperiales de Carlos V. La existencia del sabio talaverano había de coincidir con la marcha ascendente del poderío de España hasta las insospechadas cumbres de su extensión y de su gloria.

A las inquietudes reformadoras del fraile germano que con-

movió Europa en los comienzos del siglo XVI debía contestar el espíritu ortodoxo de un santo español. Ignacio de Loyola creaba la milicia de Cristo, y sus primeros paladines brillaban en Trento por la ciencia teológica e invadían con ardiente celo las disciplinas todas del entendimiento, para adiestrar a la juventud en las doctrinas católicas, frente al peligro protestante. Y así como dominicos y franciscanos en el siglo XIII llevaron su propaganda evangelizadora a las islas del septentrión, los hijos de Loyola embarcaron en frágiles naves y surcados los Océanos arribaron a playas americanas, recorrieron las selvas vírgenes y fueron apóstoles y mártires en Méjico y en la Pampa, en los Andes y en las costas de Malabar, en las Indias occidentales y en el apartado Cipango. A este grupo de hombres selectos y esforzados pertenecía Mariana. Su inteligencia privilegiada, sus dotes excepcionales le colocaron entre los cultivadores del espíritu; quizás su delicada salud contribuyera a su destino sedentario pero fructífero y luminoso.

Existe un estudio del padre Alfredo Hamy titulado *Documents pour servir à l'histoire des Domiciles de la Compagnie de Jésus dans la monde entier* (1); abarca desde 1540 a 1773 y es en extremo instructivo y hasta gráfico y convincente para colegir la influencia inmensa lograda por la nueva orden desde los primeros años de su fundación. La estadística va consignando por provincias las casas profesas, colegios, seminarios, residencias, moradas de retiro, pensionados, misiones y domicilios de probación. En la lista alfabética de la provincia toledana del año 1563 aparece el colegio complutense. Dos años antes Mariana había residido en el centro alcalaíno. Llamado por Diego Laínez se trasladaba a Roma.

En 1574 Mariana regresaba a España. Había residido trece años en las naciones más cultas de Europa. Sus estudios en Roma y en París, la estancia del joven religioso en Sicilia y Flandes, influyeron de manera decisiva en la formación espiritual del es-

(1) A. Hamy, S. J., *Documents pour servir à l'histoire des domiciles de la Compagnie de Jésus dans le monde entier de 1540 a 1773*, París (Librairie A. Picard), sin fecha.

critor. Su visión del mundo era amplia, comprensiva; su inteligencia bebió con avidez en las puras fuentes del humanismo y contrastó la ciencia adquirida en las aulas de la Universidad complutense con las doctrinas teológicas de Roma y con los matices dialécticos de las escuelas parisinas y los focos de sabiduría de las ciudades flamencas. Quizás en la mente de Mariana germinó entonces la idea de una historia patria. Ni el refinado ambiente italiano, ni la elegante cortesanía de la turbulenta capital de los Valois podían contaminar el alma castellana y el entendimiento austero del jesuíta; pero sus claras pupilas percibieron lo suficiente para conocer las diferencias esenciales entre la ideología de aquellos pueblos y la nación hispana. ¡Cuánto pudiera habernos dicho Mariana de la Historia que se desarrollaba ante su vista! Él, testigo presencial de la matanza de San Bartolomé y contemporáneo de Felipe II, ¡con qué trazos más seguros hubiera dibujado los personajes y acontecimientos de su tiempo!

Volvía a la Península, para no abandonarla ya más hasta su muerte. Llegaba con fama de erudito y de teólogo. En París se había graduado doctor en Teología. Aquel título imprimía carácter, y tenemos prueba de que no sólo le valía la estimación de las gentes, sino que el mismo Mariana apreciaba en alto grado su competencia teológica. La edición castellana de su *Historia de España,* impresa en 1601, reza lo siguiente. *Compuesta por Juan de Mariana, doctor Theólogo de la Compañía de Jesús.*

Pronto el prestigio de Mariana tendría extenso campo donde consolidarse. En 1578 interviene como censor en la debatida cuestión de la Biblia de Amberes, y demuestra su imparcialidad, pues defiende a Benito Arias Montano, que no era precisamente un amigo de los jesuítas. El año 1582 labora en las actas del Concilio provincial convocado por el cardenal Quiroga; son compañeros suyos en esta asamblea Montano y el sabio canónigo Juan Bautista Pérez. Dos años después publica, en colaboración con García de Loaysa, un *Manual para la administración de los Santos Sacramentos.* Hacia 1580, Mariana había merecido una distinción singular, el Monarca *prudente* le confiaba la edición

de las obras de San Isidoro, que aparecerían años más adelante (1589).

Estas empresas intelectuales preparaban a Mariana para más arduos empeños y contribuían de modo inconsciente a su cultura histórica. Uno de los primeros atisbos de caminar el teólogo por los senderos de la Historia fué cuando escribió sus *Advertencias,* inéditas, a las *Ilustraciones genealógicas* de Esteban de Garibay. En nuestros días el ilustre hispanista Jorge Cirot ha descubierto en Londres el precioso manuscrito (1). La tendencia de la obra de Garibay es política y trata con preferencia de la *Ley Sálica.* Era una fase crítica de las aspiraciones internacionales de Felipe II, pues el asesinato de Enrique III de Francia planteaba una difícil cuestión sucesoria, y el Monarca español dirigía sus miras diplomáticas a fin de conseguir un partido favorable a los derechos de su hija Isabel Clara Eugenia, nieta de Catalina de Médicis y sobrina carnal del último Valois. Un erudito investigador de asuntos históricos como Garibay defendía la no vigencia de la Ley Sálica, cuyos preceptos excluían a la Infanta, y en cambio un moralista y un teólogo como Mariana refutaba los ejemplos de violaciones de la Ley Sálica aducidos por Garibay y demostraba cuál era la verdad, aunque fuera contra los intereses políticos de su soberano. El libro de las genealogías del escritor palatino se imprimió en 1596; la aprobación de Mariana es del año anterior, y de la misma fecha son las *Advertencias;* pero el asunto de la Ley Sálica preocupa al jesuíta desde el año 1589, pues esta data tienen unas notas de puño y letra de Mariana referentes al pleito sucesorio francés.

En 1584 escribía Mariana su tratado *De Annis Arabum,* y quizás entonces preparase ya la obra que había de inmortalizarle. Nos referimos a la *Historia de España* que con el título *De Historiae de rebus Hispaniae* salía de las prensas toledanas de Pedro Rodríguez el año 1592. Aquellos veinticinco libros, distribuídos en dos gruesos volúmenes en folio mayor de más de quinientas páginas cada uno, pletóricos de hechos, con cuidadoso índice alfabético y catálogo de fuentes consultadas, representaban el fru-

(1) Jorge Cirot, *Mariana historien,* Burdeos, 1905.

to de una labor paciente y muchos años de asidua e inteligente preparación. De ellos con preferencia hemos de tratar ahora.

Mariana tuvo al escribir su *Historia* un propósito bien definido y transparente; no fué el natural fin didáctico de toda obra científica, sino algo más trascendental y eficiente; quería enseñar a los nacionales y extranjeros, y en particular a estos últimos, lo que fué España y las etapas sucesivas de su formación nacional hasta llegar a convertirse en el poderoso Estado temido y envidiado. Era preciso deshacer el falso concepto que de los españoles tenían en Europa, donde se les consideraba como extraña raza, mezcla de moros y judíos. Proverbial fué entonces el arrojo y la pericia de las tropas españolas, y prueba del temor que infundían nuestros soldados de antaño es el siguiente pasaje de fray Prudencio de Sandoval, cronista de Carlos V, al referir el asalto de la ciudad alemana de Duren: "Decían que ellos no habían peleado con hombres sino con diablos; que los españoles eran unos hombres pequeños y negros, que tenían los dientes y uñas de un palmo, que se pegaban a las paredes como murciélagos, de donde era imposible arrancarlos" (1). Nuestra hegemonía militar había producido multitud de fantásticas leyendas, que el espíritu ponderado y sensato de Mariana intentó destruír. El autor *De Rebus Hispaniae* se dirigía al público docto de allende el Pirineo, y por eso escribió su *Historia* en latín, latín correcto y elegante de humanista, perfecto conocedor de los modelos clásicos.

La publicación de la obra desde el punto de vista editorial fué un verdadero fracaso. El instante no era propicio; el odio contra España se manifestaba de modo paladino en los libros extranjeros y reflejaba un ambiente de general animadversión, causada por la hegemonía española. Había territorios italianos donde el nombre español era aborrecido; los protestantes alemanes veían en el catolicismo de España a su natural enemigo; Inglaterra secundaba a su Reina, dispuesta a ganar, a nuestra costa, la supremacía de los mares sin reparar en los medios, ya fueran hazañas de corsarios o saqueos sin previa declaración de

(1) Don Fray Prudencio de Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V*, Madrid, 1847, VII, pág. 262.

guerra; en Flandes la lucha produjo generales antipatías y por último en Francia, el año 1587, Luis de Mayenne Turquet había publicado una *Histoire générale d'Espagne* tendenciosa, de cuño antiespañol y muy del agrado de nuestros adversarios continentales, que contribuían mejor que otros a ir labrando la sombría leyenda de la barbarie española. La Europa culta se entretenía en denigrarnos y sus políticos se esforzaban en abatir el poder hispano. Repetimos no era el momento; no podían ni querían comprender el pasado español, tan magistralmente narrado en la obra del jesuíta talaverano.

Convencido Mariana de que su *Historia* sería más útil a sus connacionales, decidió publicarla en romance, pues el latín era lengua inaccesible para la gran mayoría de sus contemporáneos. La edición castellana, dirigida al rey católico Felipe III, aparecía en 1601, impresa también en los talleres toledanos de Pedro Rodríguez. Por indicación del padre Pablo Ferrer, compañero de religión y de estudios de Mariana, éste había compuesto cinco libros más, que acrecentaban los veinticinco de la edición latina. Mariana había querido terminar su obra en la conquista de Granada, final de la Reconquista e integración de la nacionalidad hispana con la eliminación política de la Península del factor musulmán. Pero las razones convincentes de Ferrer impulsaron al autor a proseguir el relato hasta 1516, tratando de acontecimientos tan interesantes como las guerras de Italia, los descubrimientos americanos y la anexión de Navarra. Esta parte de la *Historia* encierra un valor imponderable, que precisaremos más adelante. Todavía posteriores ediciones fueron corregidas y enriquecidas las últimas por un *Sumario,* que comprendía los sucesos acaecidos desde el año 1516 al 1612.

Las ediciones latinas no son iguales a las castellanas; sin embargo, en substancia difieren poco. De las palabras del mismo Mariana pudiera creerse en mayores diferencias. Dicen así en el Prólogo: "En la traducción no procedí como intérprete sino como autor; ni me até a las palabras, ni a las cláusulas; quité y puse con libertad, según me pareció más acertado. Que unas cosas son a propósito para gente docta y otras para la vulgar. Cada ralea de gente tiene sus gustos, sus aficiones y sus juyzios."

Transcribimos este substancioso pasaje, pues desvanece las dudas acerca de la paternidad de la traducción romance, revisada en su totalidad por el autor, si bien le ayudaran otros en la tarea abrumadora de verter del latín los extensos capítulos de la *Historia.* En cuanto a las variantes, consisten en supresiones de poca monta; la inscripción de Sertorio, considerada como sospechosa, y la carta de Vespasiano hallada en Cañete, no se hallan incluídas en la edición castellana, que procede de una redacción latina intermedia distinta de la edición de Maguncia.

Trazada a grandes rasgos la génesis de la obra capital del padre Juan de Mariana, cumple ahora que analicemos el contenido de este monumento erigido en el siglo XVI a la historia patria.

Mariana no pretende realizar una labor de investigación; dada la colosal amplitud del tema, sería absurdo sólo el suponerlo. Además Mariana no fué un investigador de profesión como Morales, Zurita o Florián de Ocampo; se asomaba por primera vez al palenque histórico con una obra de tamaños vuelos. Sus ensayos y la preparación humanística, y en particular la edición de San Isidoro, le habían pertrechado para acometer con armas bien acicaladas una parte considerable de la ingente labor que se proponía. Había de utilizar las investigaciones de los especialistas. Bien claro lo manifiesta al decir: "Que con algunos coronistas, ni en la traça ni en el lenguaje no deseo me compare nadie; bien que de sus trabajos nos hemos aprouechado, y aun por seguillos auremos alguna vez tropeçado, yerro digno de perdón, por hollar en las pisadas de los que nos yuan delante." En este pasaje no sólo alude a las crónicas antiguas, sino también a sus contemporáneos, y con razón se cura en salud, pues a ellos corresponde la responsabilidad de los errores. No compete a Mariana comprobar la veracidad de los asertos; si así fuera, en todas y cada una de las épocas de su *Historia,* hubieran sido precisas varias generaciones de historiadores de la talla de Mariana, y aún su obra no estaría a estas fechas suficientemente depurada. Lo contrario sería exigir en Mariana, como labor de un solo hombre, y en el siglo XVI, el fruto de la incesante colaboración de generaciones de obreros intelectuales durante centurias de

fructíferos hallazgos, descubrimientos y rectificaciones. Bastante es que Mariana, con su buen sentido, dude a veces de las aportaciones de sus colegas los especialistas.

El sabio jesuíta elabora una *Historia* constructiva con los elementos y materiales que hay, y si a veces, como veremos, va más allá, no era su deber el hacerlo, no se lo había propuesto.

Mariana compone una *Historia general de España* afrontando las copiosas dificultades que esto suponía. Su poderosa inteligencia valora los hechos, inquiere la jerarquía de los acontecimientos, sigue la estela perdurable de los sucesos de trascendencia y nota las supervivencias a través de los tiempos. Realiza Mariana la verdadera obra del historiador, pues acomete la suprema labor sintética y de conjunto, utilizando en su prudente medida las investigaciones del especialista, a quien en muchas ocasiones la consagración entusiasta por el tema preferido le hace incurrir en mental miopía, pues enamorado del pormenor, lo convierte en dato esencial de la vida pretérita.

Es imposible el señalar de manera circunstanciada los aciertos de Mariana en obra de tanto fuste. Apenas el intentarlo nos llevaría mucho más lejos de las proporciones de una Memoria conmemorativa y de un merecido panegírico. Pero permítasenos analizar, siquiera sea brevemente, algunos de los muchos valores de libro tan olvidado como peregrino.

Mariana se muestra en los primeros capítulos tubalista, y bien extraño que no lo fuera en su tiempo. El inspirador para las épocas primitivas es Ocampo, y gran desdicha que el cargo de cronista oficial, la autoridad y el falso prestigio de este escritor engañaran la honradez científica del jesuíta. Todavía debemos dar gracias de que su cautela le preservó de los cantos de sirena de Annio de Viterbo, y en la narración de los períodos medievales le libró de la contaminación de los falsos cronicones, de peligro tan próximo para Mariana por las sugestiones de su hermano de religión el gran falsario padre Jerónimo Román de la Higuera. Sin embargo, no olvidemos que Mariana titula uno de sus capítulos *De fabulosis Hispaniae Regibus*. Además no debemos ser exigentes respecto a épocas tan remotas, cuando hasta en nuestros días es bien difícil encontrar dos autores

contestes, si se trata de primeros pobladores históricos de la Península, y surgen de continuo divergencias entre antropólogos, historiadores y arqueólogos, que aprecian de muy diverso modo las escasísimas informaciones que de tan lejanos tiempos han llegado hasta nosotros.

Trata con prolijidad la conquista romana, y su prosa, cuajada de doctrina, todavía puede consultarse con fruto. De continuo esmalta su narración de testimonios de geógrafos e historiadores griegos y romanos. No desdeña la Epigrafía, y aunque en este respecto aporta en general las inscripciones publicadas por Morales, la inserción es casi siempre oportuna y atinada.

En la España goda pisa terreno firme, y si para los primeros años tiene en cuenta a Orosio, luego se advierte la influencia de San Isidoro, autor familiar para Mariana. Luego el Biclarense y el llamado por él Pacense son sus fuentes preferidas al acometer los problemas de los últimos tiempos de la monarquía visigoda, aunque se aparta del mal denominado Isidoro de Beja cuando estudia el reinado de Witiza, inspirándose en los cronistas de los primeros siglos de la Reconquista.

Rodrigo Ximénez de Rada es su guía más seguido para el estudio minucioso de las monarquías cristianas de Asturias y León; pero no por eso deja de lado la consulta de los cronicones primitivos. Asimismo tiene presentes a Lucas de Túy y a la *Crónica general* de Alfonso el Sabio. Por cierto que da también cabida a la leyenda de los Infantes de Lara, y en tiempos más recientes refiere con extensión el relato tradicional de la Peña de los Enamorados.

El espíritu insaciable del historiador quiere escudriñar las primitivas fuentes de los hechos. No le satisfacen los autores más modernos. Maneja los códices vetustos, busca en los antiguos manuscritos las crónicas añejas, y consulta con avidez y extrae el jugoso néctar de la *Historia Compostelana,* los arcaicos conceptos del cronicón Albeldense y lee con afán las obras de Eulogio y Alvaro Cordobés, escritas en los calamitosos tiempos de la persecución musulmana contra la grey mozárabe. Obras inéditas y maravillosas canteras de información utilizadas por algunos eruditos, manjar exquisito reservado a unos cuantos ele-

gidos, y que sólo conoció el mundo culto, hasta casi dos siglos después, en la magistral edición del padre Flórez. Pocas de estas joyas escaparon al celo sin par, a la rebusca tenaz y acendrada de Mariana. En la brillante cohorte no faltan las obras polémicas de Beato y Eterio, la sobria prosa de Alfonso III, el cronicón de Sampiro, el presuntuoso Pelayo de Oviedo, hasta la parla insubstancial del *Despensero de la Reina Leonor* y las opuestas crónicas de Enríquez del Castillo, elogiador de Enrique IV de Trastamara, y la del maldiciente Alonso de Palencia. El catálogo de los autores impresos es considerable: Cartagena, Sánchez de Arévalo, Valera, Rodríguez de Almela y los renacentistas Riccio, Marineo Sículo, Vaseo, Garibay, Margarit, Resende y Hernando del Pulgar. Para la historia de Aragón los libros consultados fueron, entre otros, el sincero y espontáneo Muntaner, Tomich y el insigne Zurita.

Hay algo en la *Historia* de Mariana verdaderamente admirable y es el método sincrónico por el cual lleva paralelamente la narración de los sucesos acaecidos en Castilla, y los coetáneos ocurridos en Aragón, Navarra o Portugal. Semeja un excelso auriga que con pulso firme conduce los corceles de una *quadriga* ideal que avanza por los territorios hispanos, salvando el Ebro y el Tajo, para llegar triunfante a los campos andaluces.

Sin embargo, algún exigente dirá, y con razón, que Mariana no trazó el cuadro de los dominios musulmanes en España, ni refirió las vicisitudes del califato cordobés. Necio sería formular un cargo con este fundamento. Basta con decir que hasta el siglo XIX no fué expuesto científicamente el poder político de los árabes españoles. Aludimos a la obra titánica de Reinaldo Dozy. Y aun pensemos que el libro tan discutido de Conde se publicó en 1820.

No campea en la *Historia* ese criterio exclusivista que pretende hacer de España una nación espiritualmente separada del resto del mundo. Esta falsa teoría de aislamiento, defendida por algunos para las épocas de la Edad Media, va cada día perdiendo terreno, y entre los libros recientes que contribuyen a su descrédito podemos recordar el de Boissonnade, *Du Nouveau sur la chanson de Rolland*. Mariana poseyó un concepto muy

claro de la Historia universal para incidir en el daltonismo mencionado. Sitúa la vida del pueblo español de otras edades en armonía y solidaridad con las naciones europeas, y con espíritu vigilante anota las menores influencias de efluvios civilizadores y las repercusiones naturales de la política mundial, y sobre todo la preponderancia ideológica de la Iglesia en siglos de omnímoda e incontrastable pujanza.

Pero es más; como una *Historia de España* aparecería deficiente y truncada si sólo tratase de los hechos realizados en los ámbitos de la Península, Mariana estudia la expansión del espíritu hispano en las acciones memorables ejecutadas en otras tierras por los hijos de España. Y no es la presente observación baladí, porque a pesar de los grandes adelantos de la ciencia histórica, parece que hoy hemos olvidado regla tan elemental. Apenas si los tratadistas ocupan su atención en la expansión americana y en las guerras europeas de la Edad Moderna en que intervinieron tropas españolas; mas en toda la Edad Media, y por excepción, sólo refieren la expedición de catalanes y aragoneses a Oriente. El egregio historiador es acucioso y reverente con cuanto signifique indicio o rastro del nombre hispano. Así narrar las guerras siciliotas de la antigüedad, en las que pelearon contingentes iberos; la expedición de Aníbal a Italia con mercenarios de Iberia; dedica particular atención a los insignes españoles que brillaron fuera de España, llámense Gil de Albornoz, Blanca de Castilla, Benedicto XIII, Rodrigo de Villandrando, Calixto III y Alejandro VI; refiere las vicisitudes de los Concilios de Constanza y Basilea, a los que acudieron teólogos españoles, y trata extensamente de la rama aragonesa que a la muerte de Alfonso V gobernó el reino de Nápoles. Y es tal su precisión en este último extremo, que insiste en estudiar las relaciones diplomáticas de Fernando de Nápoles con el héroe albanés Scanderberg, continuación de la política oriental del Rey Magnánimo, y los comentarios de Mariana coinciden de manera sorprendente con una monografía de Marinesco sobre el mismo asunto y publicada el año 1923. Recordemos que son inexplicables la política sagaz del Rey Católico y las mismas campañas del *Gran Capitán* sin ese ambiente propicio a todo lo

peninsular creado por los intereses de valencianos, aragoneses y catalanes, afincados en el reino napolitano al amparo de la estirpe bastarda de Alfonso V de Aragón (1).

La tan decantada afición de los modernos historiadores por la *Kulturgeschichte* o *Historia de la civilización* preocupó a Mariana, y no faltan capítulos dedicados a hombres esclarecidos en la ciencia como Raimundo Lulio y otros titulados *De los varones señalados que hobo en España.* No afirmaremos con esto que Mariana diese la proporción conveniente a la historia interna; señalamos el laudable intento; si no hizo más, consideremos que en realidad no podía hacerlo. Los estudios jurídicos, literarios y artísticos estaban a la sazón en mantillas, y mal podía recoger Mariana lo que no existía. Comprendió con criterio de hombre moderno el carácter enciclopédico de los estudios históricos, y ya es bastante.

Por cierto que la denominada de modo despectivo *Historia batalla* recobra sus añejos prestigios por la importancia trascendente de los sucesos guerreros y políticos que acaecen a nuestra vista. Así no resultan anacrónicas las frases de Mariana cuando dice: "Si bien en los hechos más señalados y batallas nos estendemos a las vezes algo más, no de otra manera que los grandes ríos por las hozes van cogidos, y por las vegas salen quando se hinchan con sus crecientes de madre."

Hay en Mariana unos capítulos sobre los cuales la crítica ha pecado de inadvertencia, poca atención o descuido, pues apenas si paró mientes en su extraordinario interés. Rehuía Mariana el afrontar asuntos contemporáneos; bien a las claras lo manifiesta: "No me atreví a passar más adelante y relatar las cosas más modernas, por no lastimar a algunos, si se dezía la verdad, ni faltar al deuer, si la disimulaua." Sin embargo, los últimos libros de la *Historia* refieren sucesos contemporáneos; poseen una animación y un colorido que denotan la proximidad, pero no una cercanía causante de pasión enturbiadora de la imparcialidad del relato; tienen la distancia suficiente para no

(1) C. Marinesco, *Alphonse V, roi d'Aragon et de Naples, et l'Albanie de Scanderberg* (Mélanges de l'Ecole Roumaine en France), París, 1923.

carecer de perspectiva; son hechos en que intervinieron padres y abuelos de los contemporáneos del historiador, y éste pudo recoger testimonios preciosos, el eco aún sonoro del acontecimiento, la noticia oral transmitida por el protagonista del suceso o narrada a su nieto en edad caduca por el mismo veterano de las campañas de Italia. Así en la batalla de Rávena la pluma de Mariana se trueca en pincel, y asistimos a los episodios del combate, que surge redivivo de la cálida prosa del historiador. Este milagro no puede lograrse si los acontecimientos no se conocen de modo tan directo; el arte de galvanizar los períodos arcaicos merced al estudio, por muy perfecto que sea el artificio, nunca igualará en sus éxitos a las palpitaciones de la cercana actualidad, cuyos efectos aún se sienten en la época de quien escribe.

Un pequeño reparo. Los descubrimientos americanos posteriores a Colón se hallan expuestos con brevedad, y en cambio las conquistas portuguesas en los mares índicos las describe Mariana con alguna extensión. Creemos puede disculparse el proceder de Mariana si tenemos en cuenta que las grandes conquistas americanas son posteriores a 1516; la obra general de Herrera no se imprimió hasta 1601, y los elogios a la epopeya lusitana estaban muy en su lugar por la reciente unión de Portugal a España, sin contar las comunicaciones enviadas por el padre Ferrer, residente en Lisboa, y las observaciones del erudito portugués Nunes de Leao. Por las mismas razones trata Mariana con singular cariño cuanto se refiere a Portugal, y dice del condestable Nuno Alvarez Pereyra: "Su fama, y autoridad y memoria, durará siempre en España."

En opinión de algún publicista extravagante, los estudios de Genealogía son un mero entretenimiento, muy apartado de la historia. Disentimos de este parecer, pues si abreviamos el concepto, la historia no es más que el estudio genealógico de la humanidad. Muy parecida debió ser la convicción de Mariana, porque demuestra en sus relatos una verdadera obsesión por las genealogías, inquiriendo los orígenes de familias reinantes, sus enlaces y descendencia. El mismo afán manifiesta hacia el dato arqueológico, estatuas, restos y en particular enterramientos de reyes y personajes de nota. Especial empeño le merece la cro-

nología. Dice en su Prólogo: "Los tiempos van averiguados con mucho cuidado y puntualidad. Los años de los Moros ajustados con los de Christo, en que nuestros coronistas todos faltaron."

La fina percepción del historiador jesuíta desliza de vez en cuando frases dubitativas, perfumadas de un suave escepticismo. Al referir las pretensiones de Renato de Anjou dice: "Renato, para ganar reputación y entretener, acordó desafiar al enemigo a hacer campo, y en señal del riepto le embió una manopla, si de coraçón no se sabe." En otro pasaje se expresa del siguiente modo: "Según que lo refieren las historias de Portugal, si con verdad o de otra manera, aquí no lo averiguaremos"; y en el libro séptimo se halla este párrafo significativo: "Difficultoso es concordar estas opiniones, ni como juez sentenciar por la verdad." Con sensatez manifestaba no era el llamado en casos controvertibles a resolver osadamente las divergencias de quienes, poseyendo especiales competencias, no lograron ponerse de acuerdo.

Sin embargo, Mariana, en la medida de sus posibilidades, trató de comprobar sus asertos. Hizo más de lo exigible. Consultó los documentos del riquísimo archivo de la Catedral de Toledo, y debido a esta feliz rebusca se debe su precisión cronológica, esqueleto firmísimo donde escuadran los acontecimientos y base sólida de toda construcción histórica. Demostración fehaciente de lo expuesto está en la fecha asignada por Mariana a la batalla del Salado, mientras que autores de nuestros días equivocan la data porque no estudiaron los diplomas de la época.

Mérito eminente de la obra colosal de Mariana es la imparcialidad. Escribía el jesuíta castellano en tierra toledana, y parece que otease desde los montes de Toledo la Península toda, sin prejuicios, con sereno criterio, desprovisto de antipatías o conveniencias, sin los apasionamientos de la periferia, que contaminaron hasta a las águilas caudales como Zurita, esclavo del documento y de la fidelidad histórica, y en quien, sin embargo, se vislumbran más de la cuenta sus resquemores anticastellanos, por otra parte explicables en la época en que escribió sus *Anales de Aragón*. Mariana, empero, es un moralista y un amante del clasicismo. Es imprescindible estudiarlo sin olvi-

dar el ambiente secular que le rodeaba, su calidad de español de los siglos XVI y XVII, y también su condición de religioso y de jesuíta. Discípulo fervoroso de los clásicos latinos, los erige en modelos de su empresa; de ahí los discursos pronunciados por los héroes de la historia, verdadera galería de hombres ilustres, que pronuncian elocuentes parlamentos, muy en consonancia con los hechos de su existencia. La censura fundada en esto la reputamos exagerada, pues ni los discursos son tantos, ni menos impertinentes; por el contrario, realzan las múltiples bellezas de la *Historia*. Tampoco el prurito moralizador es tan frecuente; claro está que a veces las ideas de entonces se transparentan o con franca exposición se manifiestan. Curioso es el pasaje donde trata de la opinión de Martín de Tours, en el caso de Prisciliano: "Dezía que los hereges no deuían ser muertos, principalmente a instancia de los obispos, benignidad que deuía ser a propósito de aquel tiempo, pero que la experiencia y mayor conocimiento de las cosas ha declarado sería perjudicial para el nuestro." Un europeo católico, y en particular un jesuíta de esa centuria, no podía pensar de distinta manera.

¿Qué opinión tuvieron sus contemporáneos de la *Historia* de Mariana? Queda por afrontar el problema de los detractores, el episodio de los críticos, entre los cuales se recorre una curiosa gama cromática, de la que conviene decir algunas palabras. Digna de respeto es la posición de Argensola, que con tono mesurado pone reparos a la obra del jesuíta; menos ponderación encontramos en los ataques del dominico Urreta, y el apasionamiento llega a los límites de la destemplanza y violenta agresividad en los escritos de Pedro Mantuano.

Padecen los estudios históricos una clase de críticos de singular contextura, dispuestos siempre, arcabuz en mano, a disparar contra los escritores, catalogando sus yerros de fechas o de nombres; para estos espíritus, la omisión de lo minúsculo es grave pecado y rasgan con indignación sus vestiduras al advertir la menor inexactitud. Incapaces de remontarse a las grandes visiones del pasado, ni mucho menos al enlace de los hechos y a la significación y carácter de los acontecimientos, se pierden en un mundo liliputiense, de microscópicas proporciones, que se

les antoja quintaesencia de la verdad histórica. Los tales ejercen las funciones de impertinentes mosquitos; pero hay en la variada fauna de críticos de todos los tiempos una casta más peligrosa. El tono agridulce y la movilidad de los *detallistas* se convierte en aire doctoral y habla pausada y solemne en los críticos de universal competencia, que lo mismo dilucidan espinosos problemas de la antigüedad, como dictaminan sobre árabes y cristianos o sentencian sin apelación acerca de Austrias o Borbones. Más que en su competencia fían en sus dotes excepcionales, y los contemporáneos los reputan sabios, y ensalzan su capacidad cual si fueran seres extraordinarios y geniales. Probablemente a esta falange pertenecían Pedro Mantuano y quizás también Tamayo de Vargas, el defensor de Mariana. A todos contesta nuestro jesuíta con estas palabras, dirigidas a la posteridad: "Del fruto de esta obra depondrán otros más avisados. Por lo menos el tiempo, como juez y testigo abonado y sin tacha, aclarará la verdad, passada la affición de unos, la embidia de otros y su ignorancia."

Si Mariana nos habla de Pelayo y Arratia y de la leyenda de su peregrinación a tierra santa; si equivoca la fecha de la muerte de Alfonso el Batallador y no sabe que Eduardo de Inglaterra llegaba a Castilla para celebrar sus bodas con la princesa Leonor. Estos y otros muchos lunares, ¿qué significan para la magna obra del proceso histórico y del progresivo desenvolvimiento de la nación española?

La posteridad hizo justicia. Durante dos siglos la *Historia* de Mariana disfruta de universal popularidad; las ediciones se suceden; es traducida a todos los idiomas cultos, y ninguna de las obras similares logra eclipsar la fama del libro de Mariana. Ni Ferreras ni el padre Masdeu alcanzan con sus respectivas *Historias de España* el éxito obtenido por el ilustre jesuíta. Sólo a mediados del siglo XIX la *Historia* de don Modesto Lafuente consigue una celebridad parecida. Hoy los doctos no leen ya la *Historia* de Mariana.

Una sola faceta de la maravillosa actividad de Mariana hemos ensalzado. El Mariana teólogo, el tratadista esclarecido del combatido estudio *De rege*, el autor *De ponderibus et mensuris*,

De spectaculis, y tantos otros opúsculos admirables; el editor del Tudense, el filólogo insigne, el comentarista del Antiguo y Nuevo Testamento y escritor infatigable y genial, requiere él solo una biblioteca de amorosos glosadores de su labor gigantesca. Pí y Margall, el jesuíta padre Garzón, el culto catedrático salmantino González de la Calle y el notable hispanista Jorge Cirot han dedicado sus desvelos a tan atrayente figura de la literatura hispana.

La preterición en nuestros días del Mariana historiador no es justa. En medio de las brechas que el tiempo abrió en los baluartes constructivos de su *Historia* quedan en pie, erguidos, enhiestos, con toda la gallardía de la buena época, algunos bastiones de fortísima arquitectura, a modo de atalayas, desde donde se divisa el desarrollo comprensivo y sintético de los acontecimientos del pasado. Y si esto también por la piqueta de la investigación se derrumbase, siempre quedará como virtud inmarcesible de la *Historia* de Mariana el intento supremo de su autor; siempre será su *Historia* un sublime código de patriotismo. Quien esto realizó, sin duda bien merece ser honrado por la posteridad.

ANTONIO BALLESTEROS.